

## TENSIONES DE LA SUBJETIVIDAD POPULAR

Gonzalo Portocarrero

Profesor del Departamento de Ciencias Sociales PUCP

El término popular es radicalmente ambiguo pues significa tanto lo común a todo el mundo —siendo, entonces, lo opuesto a lo impopular— como lo privativo a ciertos grupos sociales que se definen diferenciándose de las élites. Esta «indecibilidad» del término está también presente en la manera en que lo empleamos en el Perú. No obstante, en una sociedad como la nuestra, en la que predominan las exclusiones, el segundo significado, más restringido, tiende a prevalecer. En cambio, en otras sociedades de mayor tradición democrática y en las que la desigualdad es menor, ocurre lo propio con el primer significado. Sea como fuere, es de esperar que conforme el Perú supere el racismo y la democracia se afiance, entonces el significado más evidente de lo popular sea lo común a todos. Por el momento, sin embargo, lo popular en el Perú en el primer sentido son las ideas de progreso y democracia, pues, al menos de la boca para afuera, todos los peruanos sentimos que el destino del país no puede discurrir sino por el camino del progreso y la democracia. Digamos que se trata de un sobreentendido que está fuera de discusión.

Ahora bien, en una sociedad excluyente y racista, las diferencias son más importantes que las semejanzas. El racismo instala un círculo vicioso en el que el desprecio y la amargura se alimentan mutuamente, creando divisiones y desconfianzas e impidiendo una acción colectiva fecunda. La confianza y la autoridad, que son las bases de la gobernabilidad, son muy débiles cuando predomina el sentimiento de injusticia y exclusión. Entonces la ley no tiene prestigio, pues es vista con sospecha como una forma de esconder la pretensión de excluir, de obtener más ventajas a costa de quienes no tienen recursos. Desgraciadamente, esta desconfianza no siempre es infundada, pues corresponde a una experiencia histórica que no cesa de repetirse. Otra vez, el abuso y el racismo están en todas partes, lo que significa que los derechos existen sobre todo en el papel.

Desde los sectores privilegiados, el mundo popular ha sido usualmente visto con desprecio, con muy poca piedad. Recientemente, esta mirada se ha complejizado, pues desde el mundo globalizado se ha difundido una perspectiva «exotista» que valora en el mundo popular un goce del vivir y unos saberes ancestrales que el utilitarismo extremo de las sociedades desarrolladas añora

con intensidad. Esta perspectiva está en el discurso turístico sobre el Perú como el «país de los incas», y está igualmente en los discursos de la cooperación técnica internacional y su apoyo a la educación intercultural.

Además, al desprecio y al «exotismo» se ha venido a añadir, también recientemente, un «descubrimiento» del mundo popular como «consumidor», como «productor» y como «ciudadano». Tradicionalmente, acorde con el racismo reinante, el mundo popular era visto como provisión de cholo barato. El «descubrimiento» de estas otras facetas de «productor», «consumidor» y «ciudadano» es de los años 1980. Hernando de Soto llamó la atención en torno a que los migrantes eran trabajadores esforzados y creadores de riqueza, subvirtiendo para ello una formalidad excluyente impuesta por la legislación estatal. Más tarde, Rolando Arellano puso en evidencia el creciente poder de compra del mundo popular, que justifica la creación de muy rentables megaplazas en los llamados conos. Por último, los partidos políticos se han percatado de que el grueso de los votos está precisamente en ese mundo popular, y que acceder a estos pasa por una política de articular los resentimientos y frustraciones de sus integrantes, de promover sus expectativas o derechos subjetivos y, finalmente, de cooptar liderazgos más afines a ese mundo.

No obstante, todos estos cambios en la visión del mundo popular no significan la superación del racismo. Quizá lo más trágico en la sociedad peruana es que la movilidad social no anula sino que reproduce el racismo. Es decir, los que recién suben asimilan el espíritu exclusivista y discriminador de los que están arriba, y los que bajan mantienen ese espíritu pese a lo precaria que pueda ser su situación. Entonces, la democratización económica y política coexiste con la preservación de las actitudes excluyentes. Esto significa que, desde el mundo popular, la exclusión no es enfrentada de manera colectiva sino individual. Digamos que, demasiadas veces, el último en acceder a los privilegios suele ser el primero en defenderlos.

En este contexto no es pues extraño que la subjetividad popular esté atravesada por fuertes tensiones. Tratando de esquematizar, se podría hablar de tres pulsiones o empujes básicos que coexisten conflictivamente en su seno.

La primera pulsión es la búsqueda de progreso. Se trata de salir de la pobreza y del ninguneo. Lograr confort y seguridad económica y, por otro lado, reconocimiento social. Como esta búsqueda es individual y/o familiar, implica una fragmentación del mundo popular. Más todavía porque el modelo que inspira ese esfuerzo es el profesional o empresario de éxito encarnado en la figura marginadora de la persona que está por encima de los demás. En este sentido, es claro que este mundo ha asimilado los valores individualistas de manera que cada uno busca lo suyo —ser próspero, poderoso y admirable— sin preocuparse por los demás.

La segunda pulsión es menos evidente pero igualmente importante. Se trata de un sentirse excluido, marginado por los de arriba, los «pitucos», la gente que vive en Miraflores, San Isidro, Surco, La Molina, principalmente. Este sentimiento corresponde a una realidad histórica. No obstante, se reproduce en el interior del mundo popular, de modo que quienes viven en las áreas más consolidadas de los conos marginan a los «invasores» recientes, reproduciendo por tanto el racismo y la exclusión. Entonces, la unidad de este mundo popular, en el nivel de país y de política nacional, tiene como referente la existencia del «pituco». Este (re)sentimiento es capitalizado políticamente por los candidatos, que descalifican al otro por no ser del pueblo. No obstante, en las escenas políticas locales esa persona que niega al otro por ser diferente es, a su turno, negada por uno que está más abajo. El racismo, pues, atomiza e impide la acción colectiva.

La tercera pulsión es más inconsciente que deliberada. Está más en las costumbres que en las ideas. Me refiero a la continuidad cultural del mundo popular urbano con respecto al mundo campesino y andino. Si como efecto del racismo este vínculo es motivo de vergüenza y hasta es negado, no obstante es afirmado en las prácticas, pues resulta una referencia identitaria y un modo de goce que se siguen reproduciendo. Esta continuidad es visible en el campo de la religión, de la música y de la danza. Alejandro Rossi, en su video ¡Lima was! ha documentado el fervor y el entusiasmo que despiertan los festivales de huaylas en la Lima de los migrantes. Entre los «nuevos limeños» hay todo un circuito cultural no muy visible, pero sí enormemente vital. En ese circuito se deben incluir las festividades religiosas, la música neovernacular, la vigencia de la tradición oral y, desde luego, los canales comunicativos paralelos a los medios oficiales, en los que se forma una opinión pública reacia a ser influida por el Perú «oficial».

Para ilustrar la coexistencia conflictiva de estas pulsiones o tendencias me referiré a un caso concreto. Los jóvenes de quinto de secundaria del colegio José María Arguedas, de Comas, proclaman como aspiración tener éxito en la vida. Ser profesionales o empresarios. Allí apunta su deseo. Cuando en el aula se pregunta si alguno de ellos sabe quechua, se alzan tímidamente uno o dos manos en medio de silbidos que expresan más censura y burla que reconocimiento. Estos jóvenes no se definen como limeños pero tampoco como provincianos. El limeño es estereotipado como pituco, extranjero y marginador. Despierta cólera por su arrogancia. El provinciano, especialmente andino, es tildado como «bueno», «inocente», pero «conformista» y «atrasado»; no tiene educación, ni cultura y es difícil que progrese. No tiene futuro. Implícitamente, los estudiantes jóvenes se definen como no pitucos ni extranjeros, pero, igualmente, como ni atrasados ni conformistas. Si pasamos estas definiciones a positivo tendríamos que decir que se asumen como peruanos y progresistas. Ahora bien, para que esta positivización de la identidad fuera realmente asumida, sería necesario que los vínculos con el mundo andino no sean sentidos como embarazosos y contaminantes. Pero el panorama es aún más complejo, pues cuando estos jóvenes salen del aula, en el patio del colegio, bailan con una entrega inesperada las danzas vernaculares. Y en sus barrios hacen lo propio con el reggaetón.

Estamos, pues, ante una cultura de mezclas y escisiones. El progreso individual es altamente deseable, pero está asociado a la renuncia a la herencia andina. Por otro lado, el reafirmarse en esta herencia reproduce el sentimiento de ser excluido y una sensación de impotencia respecto al logro del progreso. Quizá lo deseable fuera que el deseo de progreso no esté reñido con la continuidad cultural efectivamente vivida y que, finalmente, el repliegue dolido en torno a ser marginado por los «extranjeros o pitucos» ceda el paso a una actitud de reconocimiento en el sentido de que las semejanzas entre los peruanos son tan o más importantes que las diferencias. Pero apenas se formula este buen deseo, queda claro que el logro de esta mayor cohesión e integración en el mundo popular, la superación de los desgarramientos, pasa por modificaciones en la cultura de los grupos favorecidos. Los reconocimientos tienen que ser mutuos y quizá deban partir, sobre todo, desde arriba. Los grupos favorecidos tendrían que luchar contra la colonización de su imaginario, que los hace figurarse como cosmopolitas y globalizados, y dar la espalda a su herencia andina y hasta criolla. En efecto, las clases altas han construido su identidad sobre el sentimiento de no

pertenecer al Perú sino de ser sus propietarios. Y este sentimiento de exclusividad, paradójicamente, suscita tanta imitación como rechazo en el mundo escindido de la cultura popular.

En síntesis, las claves de la subjetividad popular son ahora el deseo de progreso y el esfuerzo, el resentimiento y el rechazo del marginador, la continuidad cultural y la aceptación de lo diverso. En toda esta enrucijada de ambivalencias y posibilidades, de conflictos y logros,

toca al mundo académico poner el dedo en la llaga; confrontar a nuestro país con sus abismos, pues solo desde aprendizajes significativos podemos aspirar a ser una sociedad creativa, capaz de encaminarse a sí misma. No obstante, la recepción tan limitada del informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación pone en evidencia que aún preferimos ignorarnos unos a otros. El camino es pues largo... En todo caso, en el mundo popular están en pugna las fuerzas de la vida y de la muerte. ■

## BRETTON WOODS Y EL CAMBIO DE MODELO ECONÓMICO<sup>1</sup>

José Oscátegui

Profesor del Departamento de Economía PUCP

*Como cuando vivías  
cantarás.*

*Aunque no vuelvas.*

Luis Hernández, *Vox Harrisona*

No es infrecuente leer o escuchar pedidos sobre la necesidad de cambiar el modelo económico por uno diferente del que se desarrolló desde 1990. Estos pedidos de cambio de modelo se dejan escuchar no solo en el Perú sino también en los más diversos lugares del mundo. Se habla de reemplazar el «modelo neoliberal», pero ni se definen claramente sus características ni se especifica con qué otro se lo cambiaría. Durante el actual período electoral, en algunos sectores empresariales se teme que, como resultado de las elecciones, se produzca un «cambio de modelo económico», entendiéndose por este una marcha hacia alguna forma de socialismo. Por otro lado, algunos economistas también consideran que durante el actual gobierno se habría producido un cambio de modelo con respecto al que se ejecutó durante la década de 1990. Como evidencia presentan, entre otras medidas, la meta de inflación implementada

por el Banco Central de Reserva del Perú, el desarrollo del mercado de capitales y el crecimiento superior de las provincias respecto de la capital; e, incluso, consideran que la reactivación de la demanda doméstica es un ejemplo de un cambio en el modelo de desarrollo, pues esta se habría convertido en el motor del crecimiento de la economía.

En nuestra opinión, ni estamos ante la puerta de un nuevo modelo ni el de la década de 1990 ha sido cambiado; más aún, por ahora no es posible ni necesario cambiarlo.

Nuestros argumentos están relacionados con el famoso trilema de la política económica, conocido también como la trinidad imposible, que establece que una economía abierta no puede tener, simultáneamente, i) libre convertibilidad de su moneda, ii) política monetaria independiente y iii) tipo de cambio estable, sino que solo dos —cualquier par— de esos objetivos pueden ser alcanzados al mismo tiempo.

Creemos que los modelos alternativos u opuestos que existen en la actualidad son el socialismo (o comunismo,

<sup>1</sup> En este artículo he recurrido con frecuencia a los siguientes textos: Obstfeld, Maurice y Alan M. Taylor. *Global Capital Markets*. United Kingdom: Cambridge University Press, 2004; Bordo, Michael D. *The Bretton Woods International Monetary System: An Historical Overview*, NBER WP # 4033; y Obstfeld, Maurice. «The Global Capital Market: Benefactor or Menace?». *Journal of Economic Perspectives*, vol. 12, n.º 4, Autumn 1998.